

dentro y fuera de su estado.
Luego si con mi persona,
con ser sus contrarios tantos,
le saco libre de cuantos
se atreven á su corona,
claro está que ha de querer,
pues ha de querer reinar,
quererme á mí conservar
para conservar su ser.

Suison. Mal el Duque de Virón *ap.*
ha entendido la sentencia.

Marisc. Qué decís?

Suison. Que Vuueclencia
en todo tiene razon;
mas ya han abierto la sala
y ha salido el Chanciller.

Sale el Chanciller.

Chanc. Pésame, señor, de ser
quien os trae nueva tan mala.

Marisc. Cómo mala?

Chanc. Es la peor
que pudisteis esperar.

Marisc. Pues mándase confirmar
la sentencia? *Chanc.* Si señor.

Suison. Absorto y fuera de sí *ap.*
le ha dejado aquesta nueva.

Marisc. Y es en la plaza de Greva
mi tragedia? *Chanc.* Señor, sí.

Marisc. Y ha de ser luego?

Chanc. La ley
así lo manda.

Marisc. Es verdad;
mas no esperé tal crueldad
de los jueces ni del Rey.
Aqui acabó mi ambicion,
mi cólera y mis enojos,
que con la muerte á los ojos
nadie tuvo condicion:
mal haya mi loco brio
que me ha puesto en tal estado!
el corazon se me ha helado:
mas ánimo, valor mio,
que siendo fuerza el morir,
pues lo quiere así mi suerte,
no me ha de rendir la muerte.
Volved, amigo, á decir
al Rey mi señor, que ya
que gusta de que yo muera,
que lo trace de manera,
por lo bien que le estará,
que quede mi cuerpo entero,
pues hay en palacio espadas
con que darme de estocadas,
porque de suerte le quiero
que intento entero quedar;

porque si acaso despues
el fiamento ó el ingles
lo quisiere atropellar,
pueda á la guerra consigo
(como otras veces) llevarme,
pues solo con enseñarme
triunfará de su enemigo;
porque de mi heroico pecho
venga Francia á confesar,
que muerto tengo de estar,
y le ha de ser de provecho.

Chanc. Ya sale su Magestad,
y se lo podreis decir.

Marisc. Por lo menos me ha de oír,
cuando no tenga piedad.

Salen el Rey y Montení.

Rey. Dios sabe con qué dolor
he quedado, Montení:
mas esto ha de ser así.

Marisc. A vuestros pies, gran señor,
De rodillas.

que el cielo mil años guarde,
está quien pide clemencia
de tan injusta sentencia.

Rey. Duque de Virón, ya es tarde.

Marisc. Si es tarde para el perdon,
no lo será para oír
á un hombre que va á morir.

Rey. Duque, ya no es ocasion.
Hace que se va.

Marisc. Pues así, señor, os vais
sin escucharme, siquiera
porque será la postrera
vez que os cause? Poco amais,
poco amais, señor, á quien
por vos la vida arriesgó.

Suison. Señor:—

Rey. Ya he dicho que no.

Montení. Señor:—

Rey. Esto me está bien.

Echase á los pies del Rey.

Marisc. Pues ya que no basta el ruego,
que siempre ha podido tanto,
baste, señor, este llanto
con que vuestras plantas riego;
porque de ellas abrazado,
y puesta mi indigna boca
en el suelo que las toca,
que es de mi vida el sagrado,
ó me habeis de asegurar
el hacerme este favor,
ó hecho pedazos, señor,
de aqui me han de levantar.

Rey. Esto ya es apretar mucho. *ap.*

Suison. Qué lástima!

Montení. Qué tristeza!

Marisc. Qué responde vuestra Alteza?

Rey. Hablad, Carlos, que ya escucho.

Marisc. Aunque no es, Príncipe excelso,

de personas generosas

el referir beneficios,

ni el contar hazañas propias,

en esta ocasion, en esta

angustia, en esta afrentosa

muerte, que me está aguardando,

poco importa, poco importa

estragar la bizarría

por redimir la deshonra.

La naturaleza apenas

en el papel de mi boca

escribió con un renglon

cuatro lustros á mi aurora,

quando á vuestro antecesor,

que en campos de luz reposa,

un religioso atrevido,

pasando en una carroza,

mató de una puñalada:

que aun las Reales Personas

no pueden asegurarse,

mientras mortales se nombran,

ni de una pluma atrevida

ni de una mano traidora.

Heredasteis vos el reino;

pero no tan sin zozobra

que no intentase el de Humena,

con los de la liga toda,

resistir la posesion,

iras mezclando y discordias

entre los vuestros: yo entonces

(aquí empiezan mis historias)

como el sol, que mayorazgo

es de las demas antorchas,

y rayo á rayo desmiente

cuantas se le oponen sombras,

deshice todas las nieblas

de su ambicion cautelosa,

y á pesar de los rebeldes

os puse bien la corona,

que se os estaba cayendo

de la cabeza por horas.

Conociendo mi valor

ocupasteis mi persona

en la guerra, donde hé sido

otro Curcio, que á las bocas

de las minas me arrojaba;

pues con cólera aniaosa

apartando muchas veces,

porque la vista me estorban,

con esta mano las balas,

y con estas pelotas,

me entraba por los contrarios

como por mi casa propia.

Al castillo de Viana,

que estaba como una roca

guarnecido de escopetas,

de balas, tiros y bombas,

le asalté con dos mil hombres,

que me siguieron en tropa;

y porque los enemigos

quemaron las cuerdas todas,

con que los mios subian,

á pesar de las pistolas,

abrazándome de cuantos

estaban á la redonda,

y arrojándolos al foso,

fueron tantos en una hora

los que cayeron del muro

sobre la playa arenosa,

que les sirvieron de escala

á los que estaban de escolta,

y así no fue necesario

buscarles otra marona.

Rendí despues á Corbel,

á Noyon, á Turia y Corbia,

siendo siempre yo el primero

que las lises vencedoras

sobre los muros ponia

para aclamar la victoria.

Al Marques de Barambon,

rebelde á vuestra corona,

prendí en el cerco de Artois,

y dejándole en custodia,

á Tellí desmantelé,

y con ser mi gente poca,

de Amiens, del Burgo y la Bresa

las plazas rendí famosas:

quitándole al de Mansfelt

toda una escuadra española

y las vituallas, rompi

una mañana su escolta:

ellos dicen por desgracia,

pero yo pienso otra cosa.

Prendí á Don Alonso Idiaquez

junto al Agra: accion que monta

mas que todas las hazañas

que de Camilo se copian,

porque él no venció españoles,

y yo sí, que el nombre sobra.

En el socorro de Orliens,

por ser la tierra fragosa,

tropezó vuestro caballo,

y cayendo en una hoya,

se echaron de los bridones

ocho corazas de Escocia,

para hacerlos mil pedazos;

mas yo, con lealtad piadosa,
 viendo a mi Rey en el suelo,
 sobre vuestras armas propias
 me arrojé desde el caballo,
 y recibí de esta forma
 ocho heridas sin defensa.
 Doblemos aquí la hoja,
 que puede para despues
 importarme esta memoria.
 Diez ciudades, veinte villas,
 que por su Rey os adoran,
 y mas de treinta lugares
 de Flandes y de Saboya
 he añadido á vuestro imperio,
 y solo me pesa ahora
 de no haberos dado cuantas
 Africa tiene y Europa.
 Treinta y ocho heridas tengo,
 cuyas cicatrices todas,
 repartidas por el cuerpo,
 porque usan todos ahora
 acuchillar los vestidos,
 parecen unas con otras,
 ó galas de mi corage
 ó nuevo uso de mi honra.
 Estas son, señor, las deudas,
 las finezas y las cosas,
 que en vuestro servicio he hecho,
 y la culpa (quién lo ignora)
 es un pensamiento solo,
 una altivez engañosa,
 y una necia fantasía
 de pensar con vanagloria,
 que pudiera yo ser mas
 si me casara en Saboya.
 A la culpa que me imputan
 de que en el Rhin con mañosa
 industria os quise matar
 pasando una puente angosta,
 satisfago con volver
 donde doblamos la hoja
 de las pasadas heridas;
 porque quien tan á su costa
 os sirvió de brazo izquierdo,
 parece imposible cosa,
 que contra esa misma vida
 intentase accion tan loca.
 No tengo vena en mi cuerpo
 que no se haya visto rota
 en defeusa de mi patria,
 y en agravio de las otras.
 Diez mil enemigos vuestros
 (aunque la envidia me oiga)
 he muerto con estas manos
 en asaltos y victorias;

y si no son mas de diez,
 es providencia ingeniosa,
 porque no riñan los dedos
 sobre el partir lo que sobras
 y todas estas bazañas
 pongo á cuenta de una sola
 imaginacion, que tuve
 amagada en la memoria.
 No es valor poder matar,
 cuando hay un Dios que perdona,
 ni el quitarme á mí la vida
 os puede dar mayor gloria;
 pues lo mismo hace una piedra
 despedida de una honda,
 un veneno un susto, un aire
 y un rayo con lo que topa;
 y no es en ellos ninguna
 alabanza misteriosa,
 antes bien, como instrumentos
 de la pena que se llora,
 ó la piedad los maldice,
 ó el enojo los destroza.
 Si pensais que es este miedo
 de la muerte, y que me asombra
 su triste y fiero semblante,
 es engaño, que no postra
 la muerte un ánimo noble;
 fuera de que es tan penosa
 algunas veces la vida,
 que si á buena luz se nota,
 fue menester que cercara
 Dios la muerte de congajas,
 para que no la tomasen
 muchos con sus manos propias.
 No es miedo, no, de la muerte,
 señor, el que me apasiona,
 sino miedo de la infamia,
 que á vuestras de ella se compra;
 mas si es forzoso que muera
 (aunque será cosa impropia,
 que prefiera un pensamiento
 tantas generosas obras)
 muertes hay que no hacen ruido,
 abráseme una ponzoña
 las entrañas, un estoque
 venas y arterias me rompa,
 ú déjenme en una cueva
 la mas triste y la mas honda
 sin comer, porque la hambre
 que nuestro calor sufoca,
 me vaya dando la muerte
 con una congoya y otra.
 Mi R y, mi señor, mi amigo,
 ya no pido que me oiga
 vuestra piedad para darme

la vida que ya me estorba,
sino que no sea la muerte,
señor, tan escandalosa.
Pero si deudas, heridas,
finezas, riesgos, mejoras,
lágrimas, obligaciones,
servicios y buenas obras
no bastan, y es el rigor
mas que la misericordia,
venga al puato y al instante,
ah momento y á la hora
el verdugo; y si faltare
para hacer la ceremonia,
yo me echaré de los hombros,
señor, mi cabeza propia,
y quizá mejor que él mismo,
que por oficio las corta,
porque tengo el brazo hecho
á cortar las que os enojan,
y lo hará bien con la mia,
como ensayado en las otras.
Ea, mátenme al momento,
que aunque se anegue mi honra,
y la murmuren despues
las naciones mas remotas,
sabiendo que es gusto vuestro,
y lo teneis por fisonja,
iré contento al suplicio,
y á la espada cortadora
daré la mejor cabeza,
que de plumas y garzotas
se vió coronada en Francia,
para que el mundo conozca
mi fe, mi amor, mi obediencia,
y en mi postrimera hora
miren como en un espejo,
los que supieren mi historia,
de la privanza mayor
la caída mas costosa;
de la mas alta fortuna
la mudanza mas traidora;
de la mayor presuncion
la humildad mas prodigiosa;
del Monarca mas piadoso
la ingratitud mas notoria;
y del hombre mas valiente
que tuvo Grecia ni Roma,
la muerte mas desdichada,
y la vida mas heroica.

Rey. El alma me ha traspasado,
y á poderlo hacer sin nota,
le perdonara otra vez;
mas ya la misericordia
no tiene lugar aqui,
perdone el amor ahora.

Marisc. Pues qué respondeis, señor?
Rey. Lo que es justo que responda,
que trateis de recogeros,
que es lo que mas os importa. *Vase.*

Suison. Sabe Dios el dolor mio!
el cielo, Duque, os socorra. *Vase.*

Montení. En lance tan apretado,
lo que callare la boca
dirán de parte del pecho
los ojos con lo que lloran. *Vase.*

Chanc. Por no atormentaros mas
ni hablaros en estas cosas,
os dejo. *Vase.*

Marisc. Ya se fueron todos,
y el alma está tan absorta,
que lo mismo que está viendo,
parece, cielos, que ignora.
Yo condeuado á morir
sin aparato ni pompa?
yo en las manos del verdugo,
que al redopelo me coja
la cabeza, y del cabello
la enseñe á la plebe toda?
y no me tiembla la tierra,
los montes no se alborotan,
los cielos no se estremecen,
y de las celestes zonas
los círculos no se rasgan,
y las líneas no se borran?
Pero ya no es tiempo de esto,
la justicia es poderosa,
el Rey quiere que yo muera,
el cielo no lo revoca,
mi soberbia lo merece,
y la distancia es tan corta
(ay Dios!) que apenas de vida
me quedarán siete horas.
Pues venza el entendimiento,
que la voluntad informa,
y lo que ha de hacer la fuerza,
póngalo el gusto por obra;
y en fin, la ley se egecute,
que por traidor me pregona:
pues yo prometo á mi brio
morir con tan religiosa
bizarria, que parezca
que el morir no me congoja,
ó que en aquella ocasion
muere por mí otra persona.
Mas esto se ha de entender
con condición, que á esa hora
esté vivo, porque pienso,
segun la pena me ahoga,
que antes que salga á la plaza,
si el cielo no me reporta,

he de matarme yo mismo,
que en muerte tan lastimosa,
no ha menester el valor
mas verdugo que la honra. *Vase.*

Salen Jaques y Belerma.

Belerm. Jaques, huye.

Jaques. Yo, por qué?

Belerm. Huye, Jaque.

Jaques. Eso no,
sin culpa estoy.

Belerm. Qué sé yo?

Jaques. Soy yo traidor?

Belerm. Yo qué sé?

Jaques. Tengo de hacerme culpado
con huir? *Belerm.* Y no es peor
ser por sospechas traidor?
que sin culpa castigado?

Jaques. Yo qué he hecho?

Belerm. No has servido
al Duque? *Jaques.* Sí.

Belerm. Pues es poco?

Jaques. Si él era un tronera, un loco,
y un francés desvanecido,
tanto, que nació frances
por yerro de cuenta, es llano,
porque hombre que era tan vano,
nació para portugueses:
qué tiene que ver un triste,
que huye de una melecina,
porque es traidora y malina?

Belerm. Mira que al fin le serviste,
y que el Rey la espada aguza,
y que es mas segura cosa
poner pies en polvorosa,
que llevar en caperuzo.
No sé qué decia mi abuela
de agentes y confidentes,
que culpas tan insolentes
á toda una parentela
alcanzan por justa ley;
pues al que traidor ha sido,
aun la casa en que ha vivido
la siembra de sal el Rey,
solo porque vez alguna
fue su dueño destéal.

Jaques. Pues siébrame á mí de sal:
hay muger mas importuna!
Mas si á mí me siembran, dí,
de sal, sin haber pecado,
ni estar, *Belerm.* dañado,
de qué han de sembrarte á ti?

Belerm. Poco pienso, que has sentido
la muerte de tu señor,
pues que con tan buen humor
á ver á Blanca has venido.

Jaques. Eso no, porque en pensando,
que en mano infame un cuchillo
de Francia al mejor caudillo
la vida le está quitando,
tanto lo llevo á sentir,
que por parecer honrado,
morir quisiera á su lado.

Belerm. Ay Jaques! bueno es vivir.
Pobre de Blanca, que siente
por todos. *Jaques.* Triste señora!
estará llorando ahora:
voy á consolarla. *Belerm.* Tente.

Jaques. Por qué?

Belerm. Porque no está en casa.

Jaques. Pues ahora adónde fue?

Belerm. No sé, Jaques, solo sé,
que de suerte la traspasa
el corazon esta muerte,
que temo su vida ya.

Jaques. Ella se consolará
con el tiempo; mas advierte,
que siento ruido. *Siéntese ruido.*

Belerm. Ay Dios!
qué ruido puede ser?

Jaques. Qué? venirmos á prender,
ó á salarnos á los dos.

Belerm. Pues ven, Jaques, por aquí.

Jaques. Ay, *Belerm.* que no puedo.

Belerm. Por qué?

Jaques. Porque tengo miedo,
y el miedo me tiene á mí.

*Salen el Rey de Francia, el Conde de
Suison y Montení.*

Rey. Dejadme, porque me trata
tan mal mi pena, que inferno,
que yo soy solo el que muero,
y es el Duque el que me mata.
Es posible (pena fuerte!)
que yo soy Rey y castigo
al Duque, al mayor amigo,
y con castigo de muerte!
No soy Rey, sino tirano.

Belerm. Jaques? *Jaques.* *Belerm.*?

Belerm. Qué haremos?

Jaques. Cámaras, pues que tenemos
el miedo tan á la mano.

Rey. Avisad luego á Madama
que estoy aquí.

Suison. Dos criados
están allí retirados.

Rey. Lleguen pues.

Montení. El Rey os llama.

Jaques. A quién llama el Rey?

Montení. A vos.

Jaques. Decid, que no estoy en casa.

Montení. Llegad presto.

Jaques. Suerte escasa! llegarán a valgame Dios!

Belerm. Yo me escorro por aquí.

Jaques. Señor, aquella se va.

Belerm. Yo? miente.

Montení. Venid acá.

Belerm. Ah parlero!

Jaques. Aqueso es.

De rodillas los dos.

Señor, yo no tengo parte

en lo que el Duque pecaba.

Belerm. Él conmigo no trataba

de ofenderte, ni matarte.

Jaques. Si yo su intencion traidora

supe, el cielo me destruya.

Belerm. Yo no fui tercera suya,

sino fui de mi señora.

Jaques. Jamas de mí se fió.

Belerm. Yo siempre de él me escondí.

Jaques. Déjame decir á mí.

Belerm. Déjame decir á yo.

Rey. Amigos, qué hace Madama?

no temais. **Belerm.** Esto es peor.

Jaques. Esta lo saue, señor:

diga, adónde está su ama?

dígalo presto. **Belerm.** Qué haré?

Rey. Mayor desdicha recelo:

hablad.

Belerm. Fuerte desconsuelo!

Rey. Dónde está Blanca?

Belerm. No sé,

esta mañana salió

sin decir á nadie nada,

en una silla cerrada,

pero bien sé, que la vi

llena de congoja y llanto.

Sale Madama Blanca de luto.

Blanca. Hola, quitadme este manto.

Mi Rey, señor, vos aquí!

si porque al Duque amé yo,

y aunque muerto le he de amar,

en mí le quereis quitar

la vida que le quedó,

muera yo para acabarle

de matar, si no os altera,

porque hasta que Blanca muera,

no acabareis de matarle.

Rey. No, Blanca, mal vuestro amor

hace esta piedad malicia,

matarle en él fue justicia,

matarle en vos fuera error;

antes, porque yo le amaba,

viendo que ya el Duque es muerto,

y amándole vos, es cierto
que vivo en vos se quedaba,
busco su vida en los dos,
con amor tan excesivo,
que porque en vos está vivo,
le vengo á buscar en vos.
De dónde venís ahora?
mas quién duda, que vendreis
de llorar lo que perdeis?
porque descansa quien llora,
quizá para divertir
la pena que el pecho esconde.

Blanca. No, mi señor.
Rey. Pues de dónde?
Blanca. De ver al Duque morir.
Rey. A verle morir salisteis?
Blanca. A verle morir salí.
Rey. Y eso fue amor?
Blanca. Señor, sí.
Rey. Poco piadosa anduvisteis:
mas le debé á mi amistad.
Blanca. Tiene sugeto mayor
mi piedad y mi valor.
Rey. Ni eso es valor ni piedad.

Blanca. Ah señor, que un mal temido
es un dolor dilatado,
y aunque es mucho imaginado,
es mucho mas padecido:
luego mas fuerza ha sido
ver yo propia mi dolor,
cuanto es mérito mayor
en una pena crecida
aventurar una vida,
que dilatar un temor.
Amaba al Duque, y creía
que era vasallo leal:
fue traidor, procedió mal,
vengasteis su alevosía:
supe que os satisfacía
con su muerte y que os vengaba,
y como yo le estimaba
por hourado, leal y fuerte,
quise asistir á su muerte
para ver como os pagaba.
Cuan to á ver su muerte fui,
previno mi voluntad
para él mucha piedad,
mucha pena para mí
su dolor se acabó allí,
yo mis dolores prosigo,
dióme lástima el castigo,
y sentí el golpe cruel:
luego mi amor fue con él
mas piadoso, que conmigo.
No verle, ó verle morir,

no son dos cosas, señor,
que lo mismo es en amor
padecer, que presumir:
por ver al Duque vivir
aquello mas, le asisieron
mis ojos, que á verle fueron,
y como vivo le hallaron,
mis esperanzas duraron
aquello mas que le vieron.

Rey. Convencido, Blanca, estoy.

Blanca. Yo, señor, estoy mortal.

Rey. Grave pena!

Blanca. Fuerte mal!

Rey. El pésa ne, Blanca, os doy.

Blanca. De marmol juzgo que soy,
pues que vivo.

Rey. Oh quién lo viera!

Blanca. Blanca. Señor?

Rey. Pena fiera!

murió con mucho valor

nuestro Duque? *Blanca.* Si señor.

Rey. Cómo fue?

Blanca. De esta manera:

Al espectáculo grande

del mayor teatro, en cuya
tragedia representaba

sus mudanzas la fortuna,
manchado de sangre el sol,

cubierta de horror la luna,
vestido el dia de asombros,

llena la noche de dudas,
ciego el aire, sordo el viento,

y en su variedad confusa
dividido el vulgo en olas,

partida en votos la turba,
á ser lástima y egemplo

de las privanzas, que duran
lo que la vida en la rosa,

lo que en la flor la hermosura,
llegó el Duque al cadalso,

trono infame de sus culpas,
y cuya máquina sublime

negros ropages enlutan.
Era el funesto aparato

geroglífico ó figura
de la noche y de la muerte,

tan expreso en cada una,
por el color y la forma,

que sin que allí se confundan
dos imágenes, á un tiempo

parece nublado y urna,
por cualquiera parte noche,

por cualquiera parte tumba.
Dudaba Francia el suceso,

no porque ignoró la injuria,

ni porque llegó á dudar

la pena como la culpa,

sino porque siendo el Duque

dueño de la gracia tuya,

dudó que hubiese en el mundo

quien sus delitos descubra,

que las faltas de un valido

cualquiera las disimula.

Entró el Duque por la plaza:

quién duda, señor, quién duda,

que esta fue su mayor pena

y su mayor desventura?

Pues por donde entró triunfando

de tantas banderas turcas,

entre ahora despojado

de aquellas armas augustas,

que no se muda el lugar,

aunque las dichas se mudan.

No guardaban su persona

esta vez, como otras muchas,

de sus mejores soldados

tantas militares puntas,

antes llevando su vida

en mas peligro que nunca,

iba allí con menos guardas:

su persona mas segura.

Apenas de que llegaba

dieron noticia confusa

lenguas de metal, entonces

retóricamente mudas,

cuando le señalan todos,

y de repente se escuchan,

pidiendo atencion al aire,

todas las voces en una.

Descolorido el semblante,

las megillas mal enjutas,

desaliñado el cabello,

la barba sin compostura,

libre la mano derecha,

con que compone y ajusta

el capúz sobre los hombros,

y con afecto y ternura,

un Crucifijo en la otra,

euya de vota escultura,

cuanto enternece los ojos,

los cabellos espeluzna,

al cadalso llegó el Duque:

aquí la lengua se turba,

aquí la voz se entorpece,

aquí la vista se angustia,

aquí el corazon se pasma,

aquí la pena se ofusca,

aquí el dolor se reprime,

aquí el aliento se anuda,

aquí los brazos se estienden,

aquí las manos se cruzan,
 y aquí finalmente todo
 el cuerpo se descoyunta,
 todo lo padece el alma,
 todo el amor lo disculpa.
 Junto al teatro se apea,
 y sube, sin mas ayuda,
 que su valor, tan constante,
 que dos veces se le arruga
 el capúz entre los pies,
 para estorbarle que suba:
 y él con despejo bizarro
 le acomoda, y se disgusta
 de que le estorbe el camino,
 porque ninguno presume,
 que para llegar mas tarde
 era diligencia suya.
 En llegando á lo mas alto
 del sitio que él solo ocupa,
 mirando á una y otra parte
 con atención y mesura,
 á Francia vió de dos veces,
 y Francia le vió de una.
 Allí se dejó mirar
 de toda la plebe junta,
 sin excusas ni porteros,
 y pagó solo con una
 cuantas visitas debía,
 que en un privado son muchas.
 Dispuesta una silla estaba,
 en lugar de blanda pluma,
 para lecho de su muerte,
 para estrado de su injuria:
 sentóse, y sentóse bien
 de otra vez, donde le ayudan
 con cristianas diligencias
 dos religiosos, columnas
 de la fe, cuyas palabras
 le ofrecen y le aseguran
 en su sangre su remedio,
 y en su infamia su disculpa.
 Por última diligencia
 le intiman y le pronuncian
 la sentencia de su muerte,
 que vivo y atento escucha.
 Ah pensión de los mortales!
 que la mayor desventura
 de los hombres, sea ignorar
 la hora postrera suya!
 Y que llegue á ser la muerte
 de un delincuente tan dura,
 que el saber que muere entonces,
 sea su mayor angustia!
 Llegó á vendarle los ojos
 con mano aleve é impura.

el verdugo, pretendiendo
 con infames ligaduras
 atar su cuerpo á la silla,
 y él, con impaciencia alguna,
 que en pie le deje morir
 pide al verdugo, y le jura
 por su Rey y por su sangre
 de no resistirse nunca,
 aunque vea la cuchilla
 sobre su cuello desnuda,
 como el que se ve sangrar,
 que él mismo el brazo se alumbra,
 y aunque la vena le rompen,
 no se resiste á la punta.
 No fue accion desesperada,
 aunque alguno lo murmura
 en Francia, antes me parece
 que fue una obediencia justa,
 ó para hacer voluntaria
 la pena cuando la sufra,
 ó para dar á entender,
 que aun allí el valor le dura,
 y que así no ha menester
 ignorar lo que no escusa.
 En efecto, hecha la seña,
 el verdugo que la escucha,
 levanta el brazo, y del golpe
 fue la presteza tan mucha,
 que aun no pudo comprenderla
 el mismo que lo ejecuta.
 Saltó la cabeza en tierra,
 huyendo de quien le injuria,
 que solo en huir entonces
 no pareció que era suya;
 pero como no podía
 vengarse ya por difunta,
 andando por el tablado,
 parece que iba, aunque muda,
 pidiendo á todos venganza
 de aquella mano perjura.
 El cuerpo (raro prodigio!)
 quedó en su propia estatura,
 sin caer en grande rato,
 ni mostrar flaqueza alguna,
 ó porque no lo creyó
 la muerte que lo procura,
 ó porque el cuerpo valiente,
 mientras el alma fluctúa,
 quiso vivir por su cuenta
 aquello poco que dura.
 En fin, á vista del pueblo,
 que le llora, aunque le acusa,
 entre lágrimas y penas
 quedó aquella flor caduca,
 aquella vida sin alma,

aque! campo sin figura,
 aquella estrélla sin rayos,
 aquel sol sin hermosura,
 aquella nave sin velas,
 aquella águila sin plumas,
 aquel valeroso brazo
 sin fuerza en las coyunturas,
 y con una muerte sola
 satisfechas muchas culpas,
 vengados muchos agravios,
 vuestra persona segura, *Llora.*
 Francia triste, el mundo absorto,
 muerto el Duque, y yo difunta.

Rey. Rara muerte! ay Duque amigo,
 que mal mi amor disimula
 sin lágrimas en los ojos,
 y en el pecho la ternura!

Monteni. Mucho lo ha sentido el Rey.

Suison. Pierde un gran soldado, y nunca
 tal pérdida se restaura.

Rey. Blanca? Blanca. Señor?

Rey. Vuelve, enjuga
 el llanto. Blanca. Lloro de un sol
 y la muerte, que en noche oscura
 se me puso de una vez,
 porque lo sienta de muchas.

Rey. Todos la sentimos, Blanca,
 y así, pues que quedais viuda
 de un deseo, procurad

buscar marido, que supla
 el valor del Duque muerto,
 no, Madama, la ventura.

Blanca. Ahora es muy presto. *Rey.* Pues
 cuando será tiempo?

Blanca Nunca,
 que una muger de mis partes,
 cuando á querer se aventura,
 y yerra la vez primera,
 no ha de probar la segunda. *Vase.*

Rey. Gran valer!
Jaques. Rara fineza!

mucho amor y cosa mucha!
 y pues por amor al Duque,
 tener y guardar procura
 su virgindad fiambre
 una francesa de azucar,
 yo tambien quiero imitarla,
 y aunque la carne lo gruña,
 no he de casarme en un mes.

Belerm. Y despues, señor figura?

Jaques. En pasando la cuaresma,
 quiéna no canta una aeluya?

Rey. Y con esto tendrá fin
 la prodigiosa fortuna
 del Mariscal de Virón,
 que fue de la patria suya
 el mas valiente frances,
 aunque de menos fortuna.

FIN.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. Año 1822.

Se hallará en su misma librería, calle nueva de San Fernando, número 6
 junto al Mercado; y asimismo un gran surtido de comedias nuevas, piezas
 en un acto, sainetes y unipersonales.



